

**RESEÑAS**

***THE DESERTMAKERS: TRAVEL,  
WAR, AND THE STATE IN LATIN  
AMERICA, DE JAVIER URIARTE***

**Byron Vélez Escallón**

**Universidade Federal de Santa Catarina**

*Professor de Literatura hispano-americana na Universidade Federal de Santa Catarina. Doutor em Literatura pela Universidade Federal de Santa Catarina (2014) e Profissional em Estudos Literários pela Universidad Nacional de Colombia (2006). Pesquisador, editor, tradutor e autor do livro Do tamanho do mundo: O Páramo de Guimarães Rosa com um Yavaratê (Premio Revista Iberoamericana Mejor Tesis- Pittsburgh: IILI/Revista Iberoamericana, 2018).*

Contacto: [bairon.velez@ufsc.br](mailto:bairon.velez@ufsc.br)

ORCID: 0000-0002-5730-377X

*En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y por Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas.*

Jorge Luis Borges<sup>1</sup>

El deseo imperial se escribe y se escribe. *The Desertmakers: Travel, War, and the State in Latin America* (Routledge, 2020, 323 páginas), de Javier Uriarte, nos muestra los modos en los que la idea de América como *tabula rasa*, es decir, leída bajo el tropo de un vacío primordial, se manifestó en proyectos de establecimientos nacionales que requerían como condición la ficción de una historia siempre por empezar y de un espacio virgen a la espera de proyectos de construcción. De ese modo, las élites gobernantes constituyeron y prepararon en la realidad, no raramente a través de prácticas sistemáticas de exterminio, ese desierto previamente escrito como vacío, lo que quiere decir que, más que constatado ese desierto es desertado: la elaboración compleja de un deseo trágico y absoluto. La guerra, en ese sentido, es un generador de desiertos, el dispositivo de ese “hacer el desierto” que enuncia el título del libro.

Si el desierto es un producto, también es una condición de posibilidad para la consolidación del aparato estatal en Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, y es desde la perspectiva de cuatro viajeros que *The Desertmakers* narra y analiza el fenómeno de la guerra en la América del Sur del intervalo entre 1864 y 1902. Lo hace a la manera de un tándem, en que la geografía y la ideología dialogan entre sí, y en que vemos las transformaciones que se operan en las subjetividades escritas de los autores estudiados, pues, atravesados por las agruras del conflicto y del paisaje, permanentemente tienen que ajustar sus percepciones y representaciones a las circunstancias en que se encuentran. Lejos de casa, esos viajeros *miran hacia el viaje* como morada, narrativizando y tratando de dar sentidos a sus desplazamientos por territorios en estado de guerra para dar sentido a la propia guerra.

El manuscrito del libro que reseño obtuvo en 2012 el Premio Nacional de Literatura del Uruguay en la modalidad de ensayo

---

<sup>1</sup>Jorge Luis Borges. “Del rigor en la ciencia”, *Los Anales de Buenos Aires*, año 1, nro. 3, 1946, p. 53.

literario inédito. Ese manuscrito, que además fue la tesis con que su autor, Javier Uriarte, obtuvo su PhD en la Universidad de New York en el mismo año, evidenciaba ya en su título original —“*Fazedores de desertos: viajes, guerra y Estado en América Latina*”—la amplitud de la mirada que abarca, arqueologiza y mapea algunas de las ocurrencias de nuestra desertificación fundante.

Esa “desertificación” se constata en cuatro coordenadas espaciotemporales y muestra los modos por los cuales las burocracias y los aparatos militares nacionales latinoamericanos se constituyen por la vía de una proliferación de los signos en torno a significantes totalizadores vaciados de su mera vinculación a referentes: desierto, selva, pampa, *sertão*. Se podría decir que las escrituras abordadas en *The Desertmakers*—las cartas de Richard Burton desde los campos de batalla de la Guerra del Paraguay, *The Purple Land* de W.H. Hudson, los escritos de Francisco Moreno sobre la Patagonia y *Os sertões* de Euclides da Cunha—transfiguran en procedimientos escriturales algunos fenómenos asociados a las lógicas extractivistas del capital global, tan proliferante como saqueador, tan moderno como fundamentado en el caudillismo de nuestras tradiciones regionales, científico en la justa medida de su superstición, tan colmado de un sentido totalizador como totalizador de la catástrofe constitutiva de América Latina. Esto quiere decir que el mal que aqueja a nuestra civilización —y que atraviesa las escrituras abordadas— es la propia dogmática civilizatoria, su expansión y su extensión: el desierto la rodea por todas partes, y se le insinúa en las entrañas.

Pero ¿en qué consiste esa desertificación? *The Desertmakers* la estudia en los acontecimientos de cierta retórica del viaje, con sus respectivas conceptualizaciones del espacio-tiempo en cuatro escenarios finiseculares de guerra —Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay—. A través del estudio arqueológico de esas escrituras, y con énfasis en la premisa de que el desierto “no estuvo siempre ahí”, es decir, de que *el desierto es un lugar que se produjo como desierto*, Uriarte evidencia el papel esencial que la guerra, en sus conexiones con la empresa colonial y capitalista, jugó en los procesos de modernización y formación de esos aparatos estatales. Como emprendimiento capitalista, ese proceso facilitó la sustitución de gentes, la ocupación y explotación de espacios y sujetos históricos, e incluso la supresión de poblaciones enteras.

Ahora, si la guerra se asocia a la eclosión de los estados modernos, no es posible definirla apenas como una forma de coerción, sino que se constituye como un mecanismo central en la

monopolización del poder y los gobiernos la apropian como violencia constituyente, legitimadora de la ciudadanía y de los aparatos institucionales. El Estado crea la guerra para legitimarse y la guerra se legitima como una emanación estatal que, en el intervalo estudiado por Uriarte, acaba por establecer el modo capitalista de producción que caracteriza a América Latina. Esa lógica de “modernización”, entre otras cosas, orienta la transformación que en el siglo xix tornó sociedades rurales y pastoriles en complejos asimétricos de producción agroexportadora orientada a los mercados capitalistas. Formalmente liberales y republicanas, sin embargo, las nacientes organizaciones estatales de un capitalismo dependiente se fundamentaron en el autoritarismo del poder económico, de los símbolos o de las armas, dejando a gran parte de sus poblaciones al margen del “desarrollo” que las alejaría del “desierto”, aunque de hecho se lanzaba a esas mismas poblaciones a una aniquilación potencial cuando se las hacía sinónimo de un vacío primordial. Ideologías como el positivismo tuvieron un papel fundamental en esa perpetuación de la guerra como elemento de modernización, pues las poblaciones entendidas como “al margen de la historia” deberían, de acuerdo con ese paradigma finisecular, desaparecer para dar lugar a sociedades cada vez “más parecidas” a los modelos europeos: *Ordem e progresso*.

Si la modernización avanza en paralelo con conflagraciones bélicas a través de las que se hegemonizan élites de gobierno, nos dice *The Desertmakers*, no debe asociarse exclusivamente con la construcción de una “idea de nación”. Antes bien, materializado como un complejo burocrático-militar, el estado organiza el territorio a través de la operación de establecimiento de enclaves fijos de administración y de territorialidades pasibles de intervención desde esos emplazamientos. Eso quiere decir que si la guerra y la violencia estatal son manifestaciones de los procesos de integración nacional de la segunda mitad del siglo xix, también son herramientas de la participación latinoamericana en el orden del capital global. Cambios fundamentales en los sistemas de transporte y comunicación, crecimiento de la mentalidad burguesa, proliferación y profesionalización de la letra y establecimiento de los escenarios de la imaginación pública, además, hacen que la violencia estatal adquiera aires de necesidad científica o histórica, normalizando hechos como la destrucción del Paraguay —con el exterminio de la mayoría de su población y el saqueo de gran parte de su territorio—,

la “Conquista del Desierto” argentina, el militarismo uruguayo o la masacre de Canudos.

La estructura de *The Desertmakers*, que permitiría leer cada uno de sus cuatro capítulos de manera independiente, obliga al autor a ciertas repeticiones teóricas, sólo evidentes para quien opta por una lectura lineal. Tratando de evitar reproducir esas repeticiones aquí, veamos algunas características de cada uno de esos capítulos.

En el primero de ellos, Uriarte examina *Letters from the Battle Fields of Paraguay*, del célebre Richard Burton, para mostrarnos al viajero yendo al frente de batalla como un acto de desobediencia o de desvío y paradójicamente llenando los espacios narrados del vacío del deseo imperial. El segundo capítulo aborda *The Purple Land*, de W.H. Hudson, que narra la travesía y la turbulenta aventura de Richard Lamb en las postrimerías de la década de 1860, una aventura que centraliza la guerra como una forma de resistencia a la presencia imperial británica y que entiende la violencia —asociada también al paisaje— como un elemento esencial de la nostalgia por un lugar primordial perdido en el pasado: un elemento de identidad, por lo tanto.

A diferencia de esos dos primeros capítulos, en que los narradores son “extranjeros” que escriben en inglés, la lengua del imperio, los capítulos tercero y cuarto abordan narrativas de dos “nativos” que parten de la identificación con la perspectiva modernizadora de sus respectivos Estados, aunque esa perspectiva se modifique a medida que avanza el viaje y la escritura. El tercer capítulo analiza una variedad de narrativas firmadas por el científico viajero Francisco Moreno quien, en el contexto de la Conquista del Desierto, elaboró descripciones “evolucionistas” de gentes en vías de exterminio y museificación, así como narró territorios que se delimitaban a través de la violencia y de esa otra forma de violencia que llamamos escritura. Como Moreno, Euclides da Cunha, el protagonista del cuarto capítulo de *The Desertmakers*, va al *sertão* bahiano como representante del ejército de violencia simbólica que acompaña al ejército de la violencia física, y en esa jornada sufre la experiencia brutal de quien se descubre del lado ejecutor de los crímenes que fundan la nacionalidad. Ruinas humeantes, tierras arrasadas desde sus orígenes geológicos y cadáveres, así, son imágenes de un sino trágico que en *Os sertões* es también el destino del intelectual y de la república a la que representa.

Asesinar, usurpar y arrasar, así, son manifestaciones de la lógica imperial que comandó la desertificación de vastos espacios

latinoamericanos, una lógica que las élites del final del xix abrazaron como propia, pues les permitió consolidarse en un cuadro que les ofrecía el poder como resultado de una inserción dependiente en el capitalismo global. De ese modo, enfatiza Javier Uriarte, no hay una solución simple de las antinomias entre lo externo y lo interno, la pertenencia o la extranjería, pues las guerras intestinas manifiestan ese marco global y hacen profundamente ambigua la identificación de los pueblos bestializados: los indígenas descritos por Moreno, por ejemplo, ¿son o no son argentinos? Y los *sertanejos* de Antonio Conselheiro, rebeldes contra la joven República del Brasil, ¿son brasileños? La solución se da a través de la doctrina de tierra arrasada a la que frecuentemente llamamos “modernidad”, pues es con la desertificación producida por la guerra que esas comunidades, con sus temporalidades y espacios singulares, son capturadas afuera como excepcionalidad absoluta en relación con una interioridad y una nacionalidad proyectivas y, en el largo plazo, producidas como homogeneidad simbólica desde la centralidad administrativa de las grandes ciudades latinoamericanas. La integración de esos espacios —que presupone su mapeamiento, su gestión y su ocupación por los símbolos del progreso— es también un proceso de conquista, de erradicación de culturas, de limpieza étnica y hasta de genocidio, lo que acerca este estudio del momento contemporáneo, en que cada vez de manera más clara el capitalismo dependiente evidencia que las bases de su realización son la destrucción de la naturaleza, del ser humano y de sus relaciones sociales.

Por otra parte, ¿se hace esto de una manera cínica? La respuesta de *The Desertmakers* es negativa: progreso y nostalgia no son ideas mutuamente excluyentes, antes bien, son complementarias, pues la tristeza por pasados perdidos apunta hacia la necesidad de la construcción de un futuro. Confortable en su sentimiento trágico, el escritor viajero elaborado como paradigma por Uriarte no raramente usa una “retórica del desvanecimiento”, que hace de la memoria de las ruinas —producidas, recordémoslo— la carga del hombre blanco, es decir, la precisa constatación de la necesidad del progreso y de la inexorabilidad del paso del tiempo. De ese modo, la ruina escrita impide la percepción del otro y de los espacios-otros, pues esa retórica dota a sus objetos de un sentido de necesidad que impide incluso que la guerra sea *visibilizada y representada como guerra*.

En ese sentido, insiste el autor, la escritura se torna ella misma un escenario de lucha: lucha contra la dificultad de *decir la guerra*, lucha contra la dura constatación de que la violencia es el

fundamento del Estado, lucha contra el sentimiento de estar contribuyendo con un progreso que surge a la historia chorreando sangre y lodo por todos sus poros.

El resultado de la guerra —“guerra” entendida como actividad de violencia material y simbólica— es instalar un desierto real sobre otro proyectivo, para así efectuar la deglución de ese vacío de segundo orden que, producido, no es ajeno al Estado, sino que es su obra y su realización.

Mercado y Estado, así, en un cuadro dependiente, confluyen hacia la unicidad de un proyecto que se ejecuta como una sistemática máquina de guerra en que la legibilización, desertificación y apropiación del espacio pueden leerse al modo de una arqueología de la destrucción. Tal vez esa cartografía ganase radicalidad si sus derivas nómades se nutriesen más de las contribuciones situadas de la teoría marxista de la dependencia, una teoría latinoamericana, que del pensamiento deleuzo/guattariano (cuya teoría de flujos y *stocks* tanto debe al John Maynard Keynes que hoy parece redivivo en cierto ambientalismo académico del Norte global, también extractivista en su buena voluntad cultural), aunque lo cierto es que *The Desertmakers*, el libro de Javier Uriarte, mapea, sitúa y evidencia esa sistemática destructiva, no sin darnos elementos para la memoria de las resistencias que sobreviven y que aún enfrentan a los contemporáneos “*fazedores de desertos*”.